

La literatura como objeto de seducción

por **Alejandro Delgado Gómez***

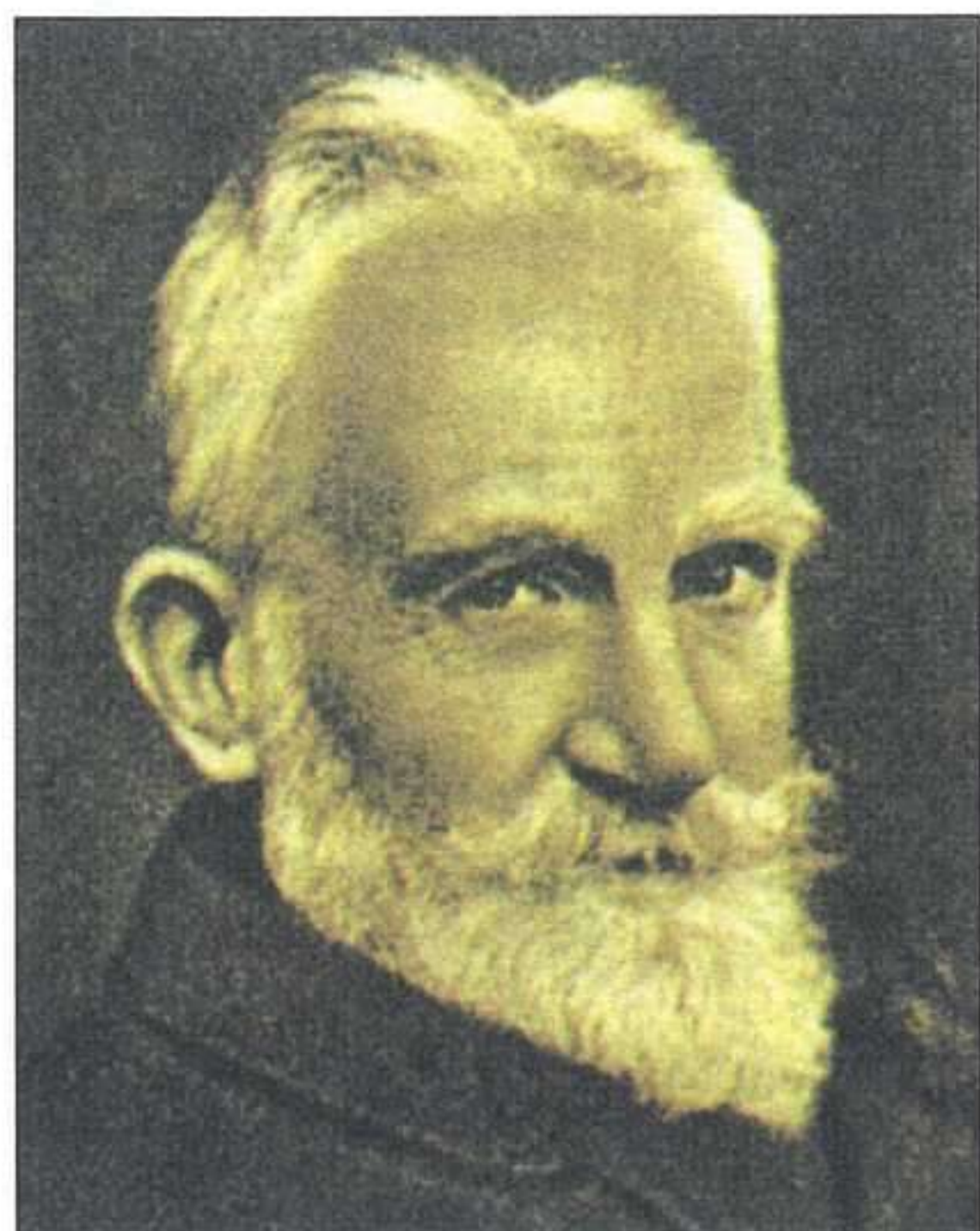
Lo que reproducimos a continuación es el contenido de una conferencia, de una charla que Alejandro Delgado Gómez, bibliotecario, suele dar a los jóvenes usuarios de la Biblioteca «Rafael Rubio» de Cartagena, para llamar su atención sobre los



FRANCESC VAYREDA, FÁBULAS DE LA FONTAINE, MUNTAÑOLA, 1920.

algunas buenas razones por las que quizá valga la pena leer, y en el que el autor hace referencia a algunos de sus escritores y libros favoritos. Y así, poco a poco, va tejiendo un tela de araña en la que atrapar el interés de los jóvenes, o de los adolescentes

libros. Se trata de un texto repleto tardíos, como dice él, y conducirles de historias, en el que se apuntan hacia el universo de las palabras.



George Bernard Shaw.



Percy B. Shelley.



Lord Byron.

Puesto que vamos a hablar de literatura, no parece mala idea comenzar con una cita literaria. Se la hemos robado a Holden Caulfield, el protagonista de *El guardián entre el centeno*, y dice, más o menos: «Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contarles nada de eso. Primero porque es una lata, y, segundo, porque a mis padres les daría un ataque si yo me pusiera aquí a hablarles de mi vida privada».

No tenemos la menor intención de contar puñetas al estilo David Copperfield, ni la vida privada de nuestros padres. Ni siquiera vamos a intentar la estupidez de enseñar a «amar la literatura». Primero, porque no se ama la literatura; simplemente se disfruta de ella. Y, segundo, porque ese es un placer que se adquiere de niño. A algunas personas les gusta la lectura; otras sólo utilizan los libros cuando algún trabajo requiere información. Eso es bueno: no se deben hacer trabajos sin conocer las conclusiones a que llegaron otros.

Muchas prefieren el cine o la música, antes que la literatura. También eso es bueno. En realidad, todo lo que nos ayuda a ver el mundo y a vernos a nosotros mismos con mayor claridad está bien.

Pero, decíamos, no queríamos contar puñetas. Se trata únicamente de dar algunas buenas razones por las que quizá merezca la pena leer y hacer una lista, o algo parecido, de nuestros libros favoritos. Es, como decía la vieja canción de Ella Fitzgerald, «sólo una simple melodía».

La tela de araña de las palabras

Un antiguo profesor aseguraba, sin ningún género de dudas, que no se podía llevar un libro en cada bolsillo, para sacarlo en la ocasión más oportuna. Esto quiere decir que no debemos mezclar, por ejemplo, *La isla del tesoro* con los poemas de Jaime Gil de Biedma, o los cuentos de Borges con *El Señor de los Anillos*. Nosotros podemos asegurar ahora, también sin ningún género de dudas, que aquel profesor se equivocaba. Roberto Cotroneo —un autor de moda, por lo menos hasta hace unos meses—

escribe, más o menos, que «la literatura es un territorio propio y completo en el que los libros viven y se relacionan entre sí». Los libros, añadamos, tejen una red de la que, una vez que se ha caído en ella, no es posible escapar. Y no solamente los libros: la ficción es un mundo paralelo donde todo está unido por una trama imperceptible que nos conduce de un lugar a otro, y de éste a otro más lejano, para regresar después al primero. Y así interminablemente.

Quizá con un ejemplo se entienda todo esto un poco mejor. Hubo una vez un maestro jardinero, llamado Georg Kantor, que cultivaba números reales. Un día quiso contar los números que tenía en su jardín: «Uno, dos, tres...», hasta llegar a diez. Quedó complacido por la gran cantidad de números reales, a cual más hermoso, que poseía. Pero, al dar la vuelta, observó con extrañeza que entre el número 1 y el 2 comenzaba a brotar el número 1,5. «Esto es ciertamente anómalo», pensó el maestro Kantor, y volvió a contar sus números reales. Ahora, desde el 1 hasta el 10, tenía 11 números, hecho que le dejó algo perplejo. Sin embargo, su perplejidad subió de punto cuando vio que entre el recién

nacido 1,5 y el 2 brotaba el 1,56. ¡ 12 números reales entre el 1 y el 10! ¡Esto iba más allá de cualquier dictado del sentido común!

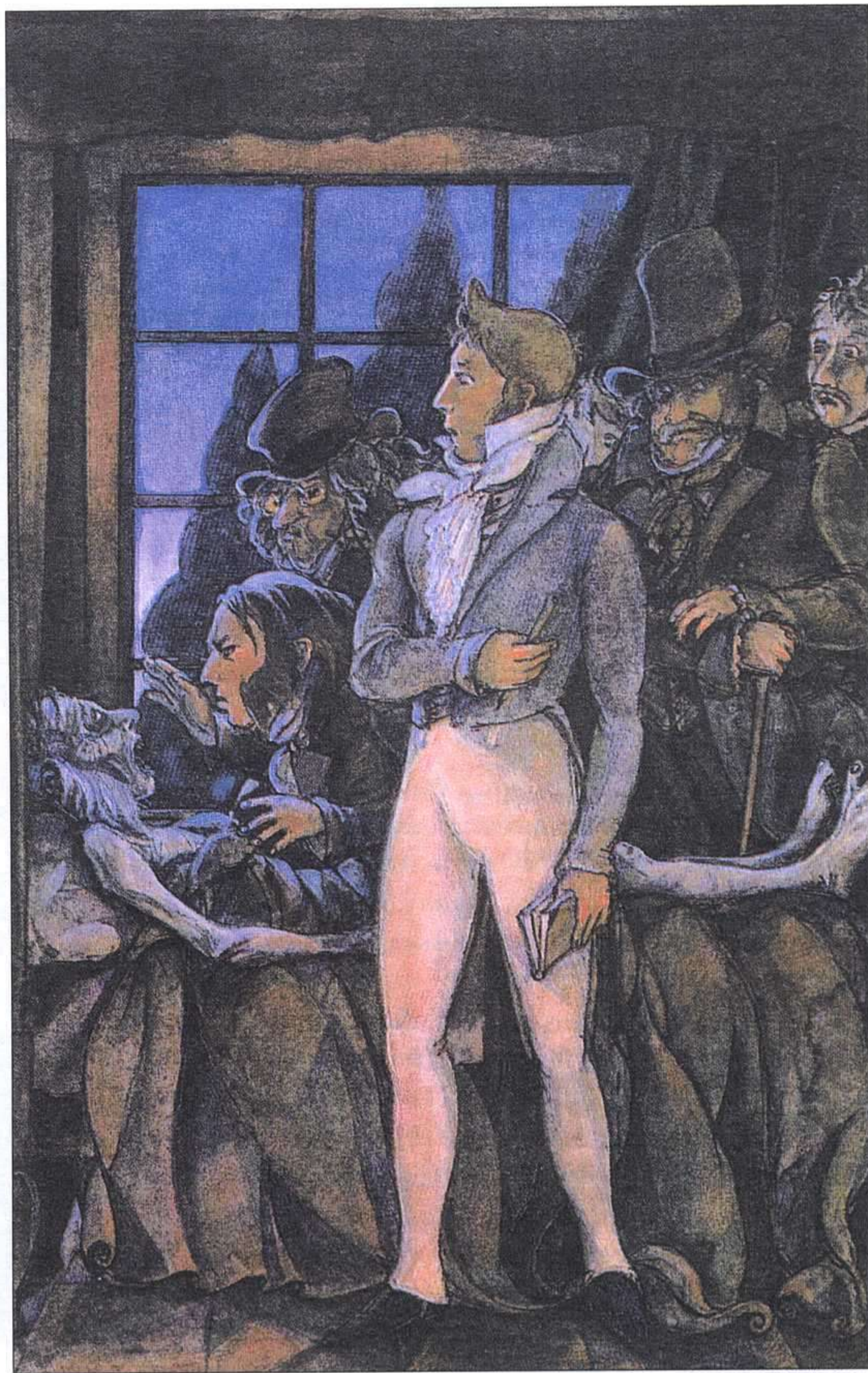
Y, no obstante, los números seguían creciendo: ahora el 1, 562, y un poco más tarde el 1,5627, el 3, 12, el 6, 239...El maestro jardinero Kantor contaba y recontaba, y cada vez tenía más números reales entre el 1 y el 10. Cuando ya había contado 8. 422 números, abandonó la jardinería y se dedicó a la filosofía de la matemática, disciplina en la que obtuvo éxitos notables.

Es un ejemplo que sirve para explicar que entre un libro y otro libro siempre hay un libro intermedio que guarda relación con ellos, que contribuye a tejer aquella red de la que no se puede escapar: la red de las palabras. Porque los libros no sirven para resolver problemas (aunque muchos de ellos los resuelven), ni para despertar emociones (aunque también las despiertan). Los libros sólo sirven para una cosa: para ser leídos. Todo lo demás viene después, si viene.

La flauta mágica, de Mozart, es, sin duda, la mejor música que se ha compuesto nunca. Aunque hay quien piensa (probablemente con razón) que se trata, por ejemplo, de una parábola de la masonería, para nuestro gusto es sólo un juego, un vodevil de época. No hay nada más que notas bien organizadas entre sí: aquí los gorgoritos de la Reina de la Noche, más allá las bromas de Papageno, en el centro la solemnidad de Sarastro... Y, sin embargo, ¿por qué cuando escuchamos la música de Mozart tenemos la sensación de que hay algo más que una buena combinación de notas?

A los libros les sucede algo parecido: sólo son una sucesión de palabras bien organizadas. «¡He aquí una metáfora sugerente! ¡Se trata sin duda de un aviso de lo que ha de ocurrir más tarde! ¿Y qué me dices del tratamiento elíptico del tiempo? ¿O de la sutil aliteración del tercer verso?». Como dijo Shakespeare, palabras, palabras, palabras. Todo lo demás lo pone el lector que sabe entender qué tiene entre las manos.

Existía un viejo ciego y tramposo que, en el curso de los años, y puesto que su ceguera no le permitía disfrutar de otros placeres, aprendió a urdir la trama de las palabras con tan cuidada perfección que



JESÚS GABÁN, EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR, VICENS VIVES, 1996.

todos cuantos le leían quedaban prendidos de su tela de araña, tan vacía como hermosa. De este modo, si el viejo escribía, por ejemplo: «Murieron otros, pero ésto sucedió en el pasado, que es la estación (nadie lo ignora) más propicia para

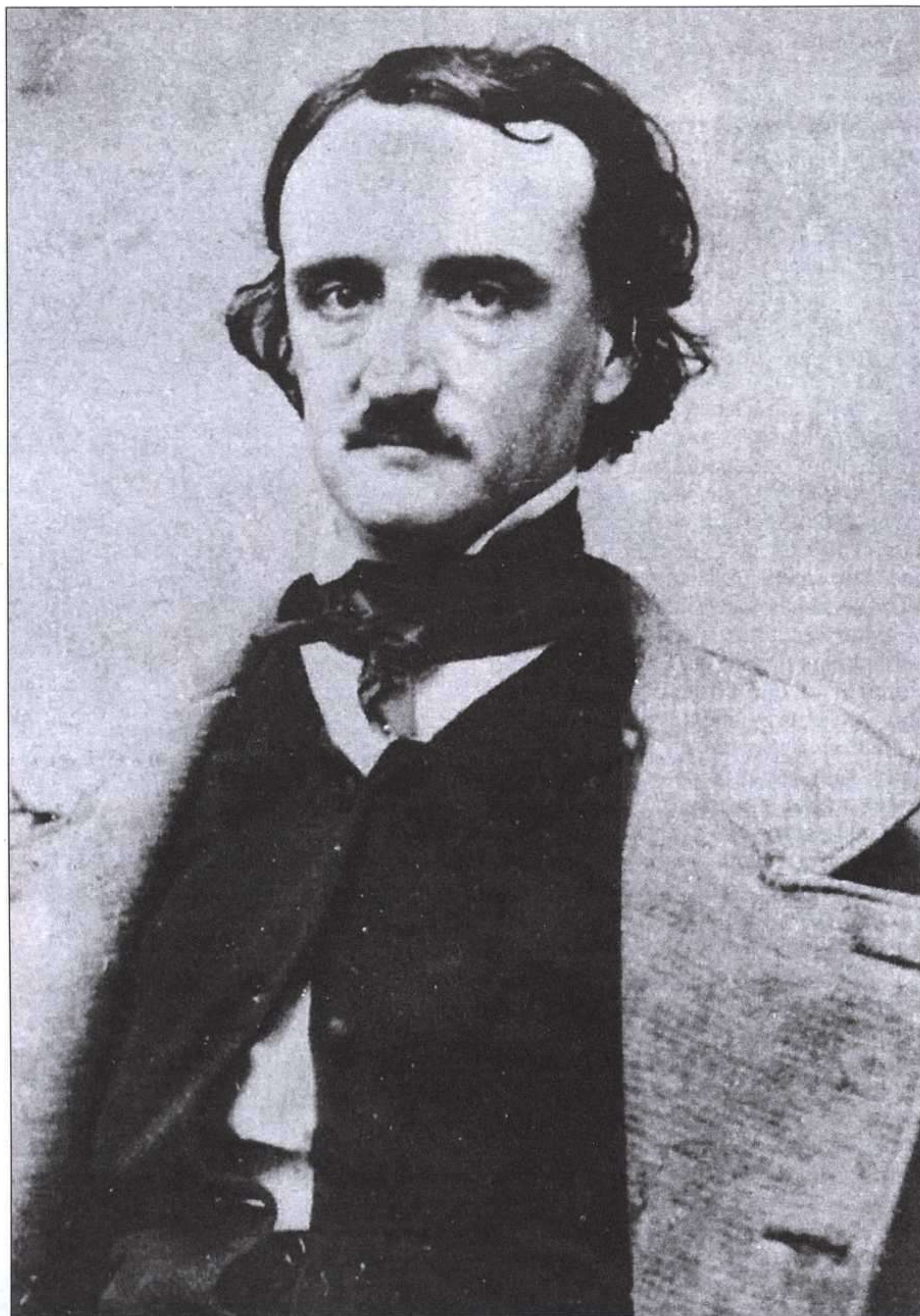
la muerte. ¿Es posible que yo, súbdito de Yaqub Al Mansur, muera como tuvieron que morir las rosas y Aristóteles?», todos pensaban que había compuesto un poema sobre la fugacidad del tiempo o sobre la muerte. Si, por el contrario, escribía

algo así como: «Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca el hombre en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach», de inmediato se compadecían los lectores de la pena amorosa del viejo. Sin embargo, éste nunca había tenido destacables penas amorosas, ni experimentaba una especial tristeza por el inevitable paso del tiempo. Simplemente, se limitaba a utilizar las palabras oportunas y a colocarlas en el orden adecuado. Sabía, por supuesto, que, entre quienes más tarde leyeran el poema, muchos de ellos habrían pensado en la muerte, o habrían conocido a alguien que se parecía tanto a Matilde Urbach. El sólo ponía las palabras; sus lectores, la melancolía por el amor perdido.

El poder de la palabra y sus limitaciones

Algunos de nosotros utilizamos muy mal las palabras. Otros intentamos utilizarlas de la mejor manera posible. Lo suficientemente bien como para hacernos entender. Otros, finalmente, utilizan las palabras con tanto acierto que son llamados escritores. Por regla general, se piensa que son importantes el dinero, los amigos, un coche o un medicamento. Con todos ellos se hacen cosas: comprar, salir de paseo, curar una enfermedad. Sin embargo, también las palabras son importantes, porque también con ellas se hacen cosas: se explica, se define, se miente, se hierde, se pregunta, se produce placer o dolor.

Un profesor de Oxford escribió un libro que se titulaba, precisamente, *Cómo hacer cosas con palabras*. En él, y en otros libros, explicaba por que es bueno utilizar bien las palabras. Puesto que murió hace bastantes años en un desdichado accidente de tráfico, no le importará demasiado que le robemos un ejemplo. Imaginemos por un instante que nos han invitado a una fiesta y que, como en cualquier fiesta, todos hemos bebido algo más de lo que sería conveniente. Por supuesto, no hemos bebido tanto como para babear por la comisura de los labios y obligar a nuestros mejores amigos a empujarnos dentro de un taxi que nos devuelva a casa. Digamos que hemos bebido lo justo como para sentirnos



Edgar Allan Poe.

desinhibidos, de tal manera que alguien es lo suficientemente tonto como para proponer jugar a las imitaciones, y los demás somos lo suficientemente tontos como para aceptar. Imaginemos que llega nuestro turno y que decidimos *imitar* a una hiena. En consecuencia, nos pone-

mos a cuatro patas y comenzamos a ladrar, a aullar o a intentar remedar el sonido que hagan las hienas, llámese como se llame. Uno de los invitados, cuya perspicacia probablemente se ha visto afectada por el alcohol, dice: «¡Ya lo tengo! ¡Es un perro!»

En vista de nuestro fracaso, nos empeñamos aún más en la imitación: trazamos con las manos lo que podría ser la silueta de cualquier carroña, nos aproximamos, olisqueamos y mordemos al aire. Entonces, el mismo cretino de antes dice: «¡Es un chacal!». Francamente irritados, nos proponemos elevar el arte de la mímica hasta cimas nunca alcanzadas. Siempre a cuatro patas, nos acercamos al estúpido que es incapaz de distinguir un chacal de una hiena, le damos un mordisco en la pierna, arrancándole un pedazo de carne, y comenzamos a masticarlo, simulando placer. A partir de este momento, ya no se puede emplear la palabra *imitación* para definir nuestra conducta.

Nadie gritará: «¡Ya lo sé! ¡Después de todo, es una hiena!». Antes al contrario, lo más probable es que alguno de los invitados corra a llamar a una ambulancia, las damas se desmayarán y casi todos tacharán nuestro nombre de sus agendas, para evitar el descuido de invitarnos a fiestas sucesivas. Esto es así porque la palabra *imitación* implica una cierta distancia entre quien imita y la cosa imitada. Si nos saltamos esa distancia, entonces ya no estamos imitando a una hiena: nos estamos comportando como sujetos bastante vulgares que ignoran las elementales reglas de urbanidad.

Hienas aparte, la cuestión es que con las palabras se pueden hacer muchas cosas, y algunas de estas cosas son hermosas. Las palabras, no obstante, no lo pueden todo: no siempre se utilizan bien, quizá produzcan confusión, engaño, malentendidos. En definitiva, las palabras tienen límites. Hasta ahora hemos contado algunos cuentos que tenían un final feliz: Georg Kantor abandonó su carrera como mediocre jardinero para hacer fortuna con las matemáticas, el viejo tramposo continuó construyendo bellas trampas hasta su muerte, e incluso podemos imaginar que a aquel invitado cuyos conocimientos de zoología dejaban mucho que desear se le aplicó un torniquete que cortó la hemorragia, de manera que no hubo que amputarle la pierna ni nada por el estilo.

Ahora queremos contar un cuento que tiene un final triste. Se titula *El cuento del pavo inductivista de Navidad*, y lo



Jack London.



Fotograma de Maurice, de James Ivory (1987).

escribió Sir Bertrand Russell. Dice así: Érase una vez un pavo con profundos conocimientos de filosofía, que se encontraba en el mercado, esperando comprador. A última hora de la tarde, un campesino pagó unas monedas a su dueño y lo llevó a su granja. A la mañana

siguiente, justo a mediodía, el campesino entró en el corral con una cesta de comida y dijo: «¡Ven aquí, pavo bonito!».

El pavo se acercó y el campesino le dio la comida. «Parece un buen tipo», pensó el pavo. Y de nuevo lo pensó el siguiente día, cuando el campesino volvió a llamarle pavo bonito y le dio de comer. Y también el día siguiente, y el otro, y el otro. Como nuestro pavo era un buen inductivista, llegó a una inevitable conclusión: «Vivo en casa de una excelente persona que me aprecia de veras y me da de comer todos los días». De manera que, cuando a las doce de la mañana entró el campesino y le llamó: «¡Ven aquí, pavo bonito!», el pavo se acercó para presentarle sus respetos y manifestarle cuán dichoso se sentía con su nuevo acomodo. Desgraciadamente para nuestro simpático pavo, aquella era la mañana del día de Nochebuena, motivo por el cual el campesino no le llevaba su comida habitual, sino un hacha con la que le cortó el cuello. Luego lo desplumó, lo metió en el horno y su familia cenó hasta saciarse un asado de pavo francamente delicioso.

Esto significa que se pueden hacer muchas cosas con las palabras, incluso engañar, o malinterpretarlas, de manera que resulta bastante conveniente tener las ideas claras, salvo que uno pretenda terminar en el estómago de un campesino. Como el pavo inductivista.

Los escritores: sus gozos y sus sombras

Hasta ahora hemos hablado de las palabras, de su importancia y de las cosas que se pueden hacer con ellas. Es momento de hablar acerca de algunas de las cosas más bellas que se han hecho con las palabras. Para introducir el tema, quizá no resulte inadecuado traer a colación a un escritor norteamericano llamado Edgar Allan Poe que creaba poemas como si resolviese ecuaciones matemáticas, y que, cada vez que resolvía una ecuación, lo hacía como si estuviese creando un poema. No resulta sorprendente, por tanto, que muriera en medio de la calle víctima de un coma etílico. Hay gente que no termina de acostumbrarse al mundo.



JESÚS GABÁN, EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR, VICENS VIVES, 1996.

Uno de sus mejores relatos se titula *La verdad sobre el caso del señor Valdemar*, y trata de un sujeto al que unos científicos bastante chiflados consiguen hipnotizar en el momento justo de su muerte, de manera que durante algún tiempo lo conservan artificialmente con vida. Cuando se deciden a despertarlo, el resultado no es precisamente agradable. Poe escribió una versión chistosa del mismo tema, *Conversación con una momia*. Pero no fue el único en preocuparse por las consecuencias negativas de la investigación científica.

Cambiemos nuevamente de escenario. Nos encontramos a las orillas del lago Léman, en un lugar llamado Villa Diodati. Es la noche del 18 de junio de 1816. En uno de los salones de la villa se han reunido varios personajes ilustres: un poeta inglés llamado Lord Byron que, además de ser un buen poeta, está convencido de ser el mayor genio que vieron los siglos; su módico secretario y (según las malas lenguas) amante, John William Polidori; la señorita Jane Clairmont, conocida en los escenarios como Claire Clairmont; el poeta Percy B. Shelley, quien, siguiendo su costumbre, se halla más bien obnubilado por los efectos del opio; y la señorita Mary Godwin, que con el tiempo llegará a ser la señora de Shelley, aunque ella aún no lo sabe.

En cierto momento de la velada alguien propone un juego: todos escribirán un relato de fantasmas, luego cada uno leerá su relato y decidirán cuál es el mejor. De los cinco presentes, sólo dos de ellos se toman en serio el juego. Polidori escribe *El vampiro*, una de las primeras novelas sobre el tema. Como novela es un asco, pero como venganza contra Lord Byron no está nada mal. Mary escribe *Frankenstein o el moderno Prometeo*, cuya influencia en la literatura y en el cine es innecesario explicar.

A propósito, ¿no es cierto que la criatura que inventó Mary W. Shelley no se parece en absoluto a Boris Karloff? Se trata más bien de un ángel. Pero, a diferencia de los ángeles creados por Dios, el ángel que creó Víctor Frankenstein se descomponía. Resulta tan desoladora la criatura, huyendo, entre los hielos, del hombre.

También Lord Byron ejerció una influencia, más bien indirecta, en la lite-

ratura y en el cine fantásticos. Ya dijimos que era un buen poeta; pero, además, poseía cierta inclinación a visitar las camas de todo el mundo, especialmente si las camas estaban ocupadas. De una de estas visitas nació una niña que, con el tiempo, llegaría a ser Lady Ada Lovelace, protectora de las ciencias y de las artes. Entre sus protegidos se hallaba Sir Charles Babbage, precursor de los estudios sobre computadoras. De manera que, sin los espermatozoides de Lord Byron, quizá nunca habríamos llegado a conocer a HAL, el neurótico ordenador de 2001. Dicho sea de paso, H, A, L son las letras que en el alfabeto preceden a I, B, M, lo cual no deja de resultar una curiosa broma por parte de Stanley Kubrick.

Quizá podamos dar un paso atrás y regresar a Edgar Allan Poe. No sólo escribía relatos tan tenebrosos como el del señor Valdemar. También fue uno de los primeros autores que se ocuparon de un tema muy querido por la literatura de los siglos XIX y XX.

Nos referimos, claro está, al tema del doble. En uno de sus primeros cuentos, William Wilson, su protagonista, un sujeto bastante detestable, se ve perseguido desde su infancia por algo así como la contrapartida buena de sí mismo. Pero esto no es lo más normal (en Edgar Allan Poe casi nada es lo más normal). Lo corriente es que el protagonista sea un buen chico, y su doble una liberación de la bestia que todos llevamos dentro. Al menos, ese es el estereotipo que tenemos desde que Robert Louis Stevenson escribiera *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

Por cierto, resulta inquietante lo poco que aparece el protagonista —o los protagonistas, según se mire— de esta novela y lo mucho que sus amigos hablan de ellos. Si fuéramos críticos literarios, diríamos que Stevenson hace un prodigioso uso de la elipsis. Como no somos críticos literarios, nos limitaremos a disfrutar de la segunda mejor novela del escritor escocés (su primera mejor novela es, por supuesto, *La isla del tesoro*).

Pero Stevenson no sólo escribía acerca de la parte buena y la parte mala que hay en cada uno de nosotros, sino de la parte buena y la parte mala que había en una sociedad a la que hemos llegado a conocer como victoriana.

Uno de sus relatos más divertidos se titula *El diablo de la botella*. Su protagonista es un joven indígena de Oceanía que, durante un viaje por los Estados Unidos, adquiere una botella prodigiosa: dentro de ella vive un diablo que concede a su dueño todo cuanto desea. El problema reside en el hecho de que, si uno no tiene excesivo interés en condenarse para toda la eternidad, antes de morir debe vender la botella por un precio inferior a la cantidad que él pagó por comprarla.

Nuestro protagonista utiliza al diablo de la botella para conseguir todo lo que puede ayudarlo a ser feliz. Luego vende la botella. Sin embargo, diversos avatares le obligan a volver a comprarla, y a venderla de nuevo, y a recomprarla y revenderla, hasta que parece que ya no

hay en el mundo moneda lo suficientemente pequeña como para poder vender o comprar la botella. Se trata, de una historia con moraleja: el diablo de la botella no es bueno o malo porque sí, sino porque sirve o no sirve para algo. Además, el bien pierde valor con el uso, como un coche o un ordenador: cuanto más se utiliza la botella, menos dinero se paga por comprarla. Todo muy victoriano. Por motivos de salud, Stevenson tuvo que huir a los mares del Sur. Hay un cierto momento, en nuestra historia reciente, en el que todos huyen a los mares del Sur. Algunos se marchaban por espíritu de aventura y sin hacerse demasiadas ilusiones. Es el caso, por ejemplo, de Jack London, que veía en el mar y en las islas sólo su lado más oscuro, más violento, más agresivo.



SIDNEY PAGET, LES MEMOIRES DE SHERLOCK HOLMES, BARCANOVA, 1992.

Pero Jack London veía en casi todo sólo su lado más oscuro. Cómo no recordar aquel relato en el que un anciano esquimal es abandonado a su suerte por su hijo, porque la vida es ya lo suficientemente difícil como para cuidar además de un viejo. O aquel otro cuyo protagonista es un aventurero viejo, cansado, perdido en la nieve y acosado por un lobo tan viejo, cansado y perdido como él.

Otros huyeron al Sur convencidos de que allí encontrarían la inocencia que faltaba en Europa. Contaremos, muy brevemente, otra historia. Se titula *El cuento de Gauguin y los burócratas coloniales*, y dice así: cuando Gauguin llegó a los mares del Sur, pronto se dio cuenta de que los nativos eran capturados por los traficantes de esclavos, con el consentimiento de los burócratas coloniales, que se embolsaban, supongo, una sustanciosa comisión. Gauguin denunció los hechos a la policía colonial. ¿Y qué sucedió? Pues ni más ni menos que Gauguin fue procesado por difamación.

Esta historia también tiene moraleja: en la vida, como en la literatura, no siempre hay un final feliz ni siempre triunfa la inocencia. O, como decía el poeta, «de que la vida va en serio sólo nos damos cuenta más tarde».

Pero hemos vuelto a desviarnos del camino: quizá, después de todo, la literatura es una red, un laberinto, un jardín de números reales donde entre una historia y otra siempre crece una historia intermedia.

Edgar Allan Poe también escribió historias de amor: de grandes amores, amores locos, más allá de la muerte y todo eso. ¿Fue George Bernard Shaw quien dijo que la diferencia entre un amor eterno y una aventura amorosa es que una aventura amorosa dura menos tiempo? Desde luego, los románticos no habían leído a George Bernard Shaw (entre otras cosas porque George Bernard Shaw aún no había nacido cuando vivieron los románticos). Después de la muerte de Sophia, su amada, Novalis pasaba una respetable parte de su tiempo visitando los cementerios, por si acaso se tropezaba con su espíritu. Y cuando murió Suzanne Gontard, tras años de amores difíciles, Hölderlin desapareció durante algún tiempo. A su regreso,



Franz Kafka.

había perdido la razón. Pasó el resto de sus días acogido por un zapatero, contemplando el paisaje y escribiendo poemas sin sentido.

Pero estábamos con Edgar Allan Poe. Si hay algo que no se puede decir de los amores que cuenta es, desde luego, que sean corrientes, cosa de todos los días. Al protagonista de *Berenice*, por ejemplo, le gustan tanto los dientes de su chica que decide arrancárselos. ¿Y qué decir de Eleonora, o de Morella, o de Ligeia, tan empeñadas en regresar de la tumba para encontrarse de nuevo con sus amados? Edgar Allan Poe no tenía un concepto demasiado divertido del amor.

Claro que no es el único. Si hacemos un repaso rápido por la historia de la literatura, veremos que los amores difíciles superan con creces a los amores felices. Pero vamos a olvidarnos de este repaso y a contar la historia de un amor divertido. Érase una vez una jovencita victoriana llamada Lucy, que viajó a Florencia junto con algo parecido a una señorita de compañía. En Florencia se enamoró de un joven victoriano (por aquel entonces toda la juventud victoriana viajaba tarde o temprano a Florencia), pero las convenciones sociales les obligaron a separarse. Por fortuna para Lucy, esas mismas convenciones iban a provocar su reencuentro en Inglaterra. Después de pasar prácticamente toda la novela min-

tiendo a los demás y mintiéndose a sí misma, Lucy descubre que las convenciones sociales le importaban un pimiento, y que lo que en realidad deseaba era casarse con George (el joven victoriano), cosa que hizo sin mayores remordimientos de conciencia. Esta historia, que, dicho sea de paso, se titula *Una habitación con vistas*, la escribió un autor inglés llamado E.M. Forster, del que resulta admirable su capacidad para contar historias en las que pasa de todo, sin que aparentemente pase gran cosa.

Forster escribió también la historia de un amor difícil (tarde o temprano todos terminan por escribir la historia de un amor difícil), aunque con final feliz. Maurice, un joven homosexual y, naturalmente, victoriano, de clase media alta se enamora de un aristócrata y victoriano compañero de facultad, con quien compartió su vida durante algún tiempo. Un buen día, el amante de Maurice se dio cuenta de que tener novio no era del tipo de cualidades bien vistas para hacer carrera política en la austera sociedad victoriana, de manera que lo abandonó para casarse con una victoriana muchachita. Hasta aquí la primera parte de la novela. Durante la segunda, Maurice pasa todo el tiempo pensando que es un enfermo o, alternativamente, un pecador. Ignoremos estas disquisiciones típicamente victorianas. Quedémonos con el final: Maurice conoció finalmente al chico de sus sueños (o al que más se le parecía) y juntos fueron felices y comieron perdices. Por lo menos, todas las perdices que las victorianas leyes de la época permitían.

Novela policíaca

Dejemos las historias de amor: siempre terminan por provocar melancolía o acidez de estómago. Edgar Allan Poe también fue autor de novelas policíacas. En realidad, fue su inventor. Su Monsieur Dupin es el abuelo de Sherlock Holmes, del Padre Brown, Hércules Poirot y todos aquellos detectives de la vieja escuela, que pensaban que cualquier enigma se podía resolver con una buena dosis de lógica. En el cuento titulado *La carta robada*, Monsieur Dupin recibe el encargo de encontrar, en casa de un indi-

viduo de moral algo distraída, una carta bastante comprometedor para los intereses nacionales. La policía sabe perfectamente que la carta está en la casa, pero, a pesar de haber realizado varios minuciosos registros, ha resultado imposible descubrirla. Claro que el criminal no contaba con la superior inteligencia de Monsieur Dupin: sólo él será capaz de concluir que la mejor manera de esconder algo realmente importante consiste en ponerlo a la vista de todo el mundo.

Uno se siente bastante tonto cuando lee las proezas intelectuales de estos antiguos detectives. Por eso conviene, de vez en cuando, cambiar de tercio, abandonar la neblina londinense o los suburbios de París y trasladarse a la soleada California, que no tiene nada que envidiar a la vieja Europa, en cuanto a cosecha de crímenes se refiere. Sam Spade o Philip Marlowe nunca hubieran obtenido una cátedra de Filosofía de la Lógica, pero por lo menos tenían que salir a la calle, se equivocaban, volvían a empezar, antes de resolver el misterio. A veces, incluso, el misterio quedaba sin resolver. Cuando se realizó, por ejemplo, la adaptación cinematográfica de *El sueño eterno*, los guionistas descubrieron

que Raymond Chandler había olvidado explicar quién había asesinado a uno de los múltiples cadáveres que aparecían en su novela. O quizá no lo había olvidado. Quizá, simplemente, no tenía la solución para ese crimen.

Algunas veces, sólo algunas, la literatura no consigue superar a la vida. Esto nos recuerda una carta que Milena Jerenskà escribió a Kafka. En ella le decía, más o menos: «Dos páginas de literatura nunca tendrán la intensidad de dos horas de vida». Kafka le respondió: «Pero dos horas de vida nunca tendrán la claridad de dos páginas de literatura». A Kafka, desde luego, le daba mucho miedo la vida. Quizá por eso pasó toda la suya escribiendo interminables diarios tras los cuales esconderse.

Es un buen pretexto para terminar. Y, puesto que comenzamos robando el primer párrafo de la vida de Holden Caulfield, nos gustaría finalizar tomando prestado también el último: «Tiene gracia. No cuenten nunca nada a nadie. En el momento en que uno cuenta cualquier cosa, empieza a echar de menos a todo el mundo». ■

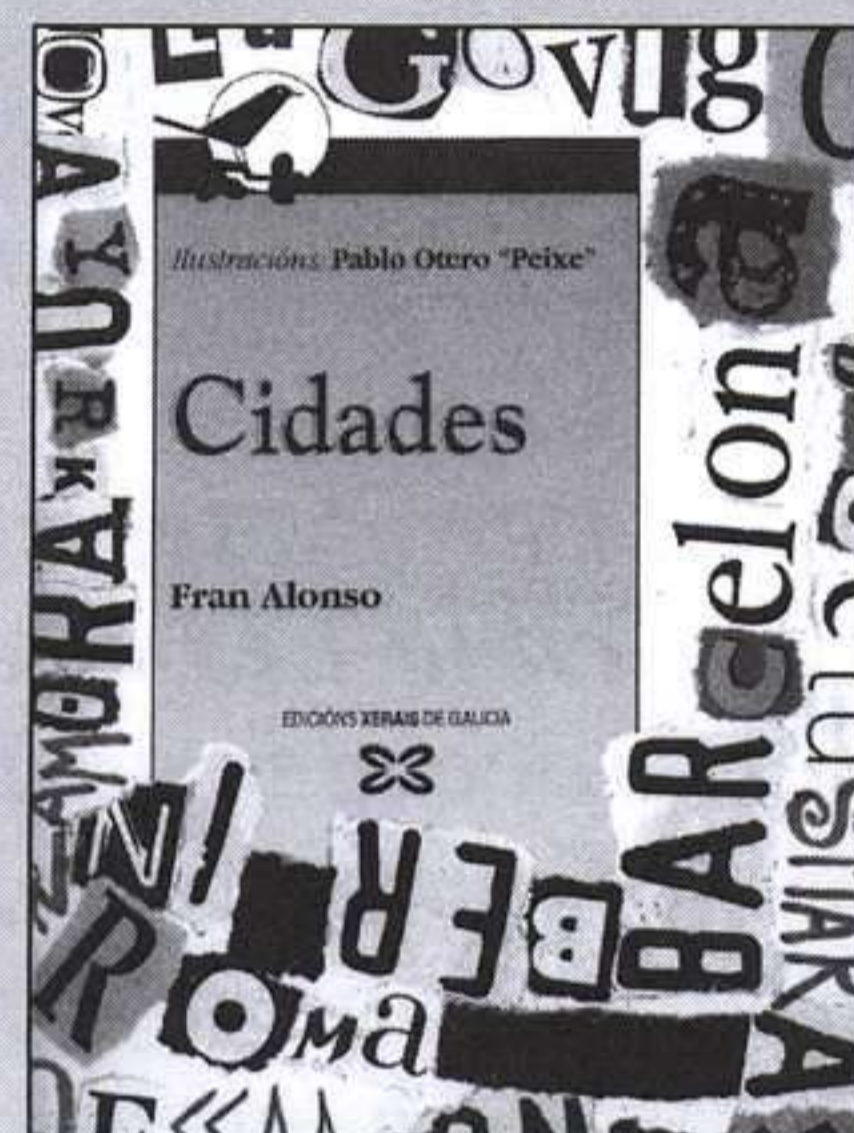
* Alejandro Delgado Gómez es bibliotecario de la Biblioteca «Rafael Rubio» de Cartagena (Murcia).



Cartel de El extraño caso del Dr. Jekyll, de Victor Fleming (1941), basada en la novela de Stevenson.



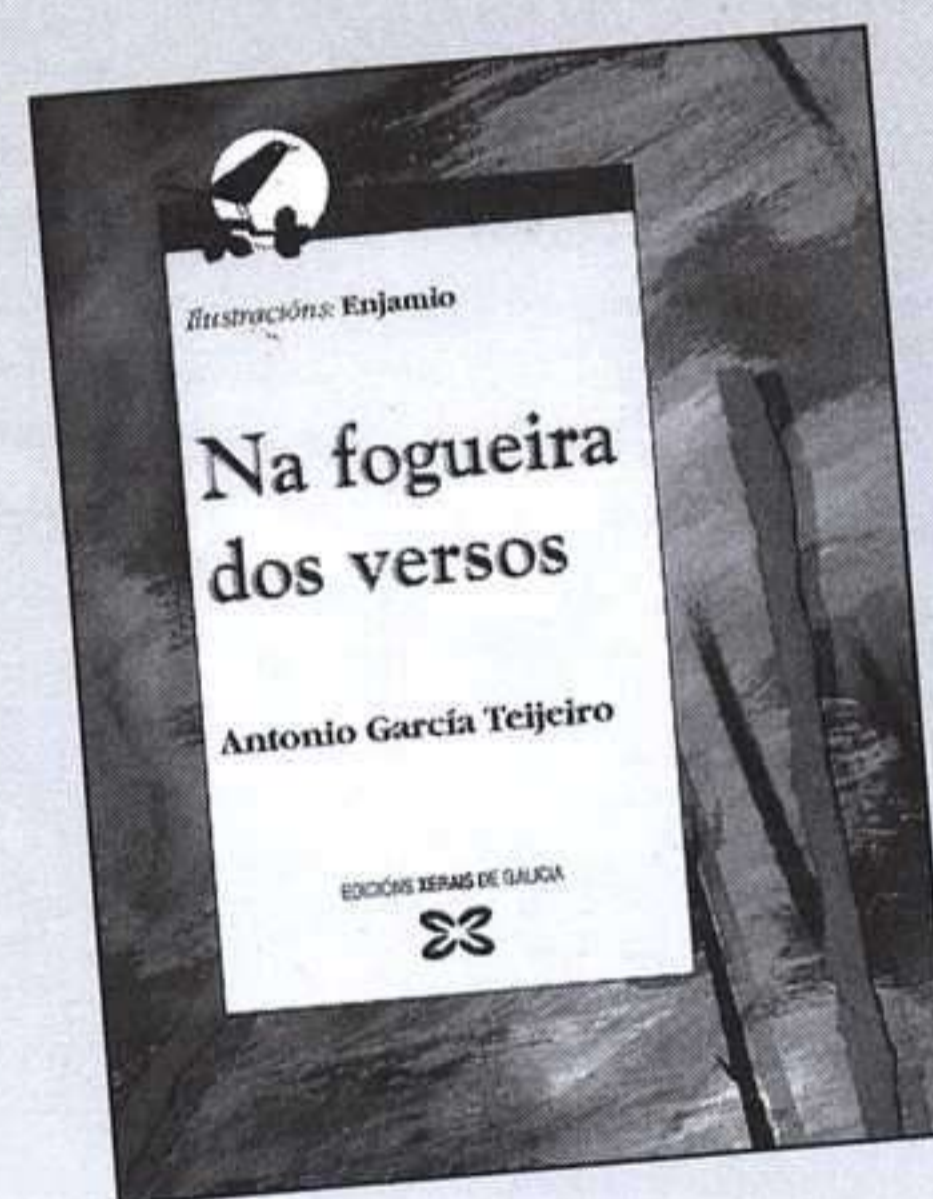
Os mellores libros
para
os mellores lectores



Cidades

Fran Alonso

Accésit Premio Lazarillo, 1996



Na fogueira dos versos

Antonio García Teijeiro

Premio Merlín 1996



Dr. Maraño, 12.
Tlf. 986.214888/214880 - Fax: 986.201366
Enderezo electrónico: xerais@xerais.es
<http://www.xerais.es/>
36211 - VIGO

X E R A I S